

ASOMBRO EUCARISTICO

Reflexión sobre la Eucaristía en su año (2004-2005)

*Un año que nace del asombro de un santo
para suscitar el asombro de quienes quieren ser santos*

Cuando el Papa Juan Pablo II concluye la Carta Apostólica *Mane Nobiscum Domine*, no tiene reparo en confesar el origen de la convocatoria de este año: "El *Año de la Eucaristía* nace de la conmoción de la Iglesia ante este gran Misterio. Una conmoción que me embarga continuamente." (MND 29). Ya en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* nos había abierto su corazón al respecto, cuando decía que "este pensamiento [el de la Eucaristía] nos lleva a sentimientos de gran asombro y gratitud" (EdeE 5). Unos sentimientos que están lejos de ser momentáneos, ya que "este asombro (...) ha de inundar siempre a la Iglesia" (n. 5). Y precisamente para conseguirlo había escrito ese documento: "con la presente Carta encíclica, deseo suscitar este «asombro» eucarístico" (n. 6).

De estas ideas del Romano Pontífice se concluye que la primera reacción que la Eucaristía debería producir en quien se sitúa delante es el asombro. Y que el objetivo de este año, es que todos nosotros alcancemos el *asombro* eucarístico del que goza el Papa, o al menos intentemos acercarnos al mismo todo lo que podamos.

Que el *asombro* del Papa nos asombre. Quizás sea el primer paso para conseguir ese *asombro* necesario para vivir de fe, de esperanza y de caridad... personalmente asombrados. Contemplar la fe y el amor de un hombre santo, entregado hasta el final; su capacidad de entusiasmo y su fuego para contagiar a los demás (¡a nosotros! en primer lugar), es un muy buen punto de arranque.

¿Qué es asombrarse de la Eucaristía?

En el diccionario encontramos, "asombro: gran admiración"; y "admiración: ver, contemplar, considerar con sorpresa y placer alguna cosa admirable". Pues, de esto se trata. Diría que en nuestro caso el asombro es una impresión profunda ante lo que no se esperaba. Un éxtasis contemplativo. Paralizarse ante algo –¡Alguien!– que maravilla. Sorpresa ante la grandeza. Gozo ante el bien que se contempla. Mirada enamorada. Sentirse lleno del amor que se tiene delante. Una admiración emocionada.

Y el misterio que impresiona, al mismo tiempo, entusiasmo, pone en marcha, revoluciona el alma.

La Eucaristía puede suscitar en nosotros esto y mucho más. *Depende de cómo lo miremos, de cómo lo creamos, de cómo nos confiemos y de cuánto seamos capaces de amar.*

Pero podría suceder que, de hecho, el misterio eucarístico no nos asombremos lo suficiente. Si así fuera no se debería a que este misterio carezca de grandiosidad o de divinidad propiamente dicha. Significaría simplemente que nos hemos enterado poco del misterio de Dios y de su presencia en el mundo. Si lo grandioso no nos asombra, es porque lo miramos con ojos cansados. Es increíble pero un alma puede estar indiferente ante el misterio más sublime.

Sería señal de que tendríamos que buscar más, pedir más, abandonarnos más en ese Dios que está loco porque lo encontremos. Para esto tenemos un año por delante: ¡cuánto podemos crecer y madurar en nuestro amor eucarístico!

Qué es lo que debe asombrarnos

Las especies eucarísticas (color, forma, sabor, etc.) no asombran a nadie, son comunes y vulgares. Sólo será capaz de asombrarse quien en ellas descubra a Cristo, Dios y Hombre glorificado. La grandeza y la humildad de Dios es lo que asombra, su amor...

Por eso lo que debe asombrarnos es tenerlo a Jesucristo vivo presente ante nosotros. Primero asombrarnos de la inmensidad de Dios, y esto es la adoración. Después, ante ese Dios, hecho hombre. Y más todavía, ante Dios hecho hombre escondido en lo que parece un pedazo de pan (¡Dios disfrazado de pan!).

Es un misterio de luz.

En cuanto misterio, se oculta. Pero, se oculta para mostrarse. Es la gran paradoja de lo sobrenatural: estando fuera de nuestro alcance natural, para que podamos "verlo" se presenta en forma accesible a nuestra humanidad. Y lo que lo muestra, es precisamente lo que lo oculta. Tenemos que aprender a «mirar» el misterio, alcanzando a «ver» detrás de lo que se ve, para llegar a ver lo que no se ve. ¿No te asombra?

Que Jesús se nos entregue y cómo se nos entrega. Es un misterio de amor.

Todo el amor de Dios que se entrega a nosotros. Que se hace grano de trigo por nosotros, y muere en una cruz, para dar fruto y resucitar lleno de vida eterna, para darnosla a nosotros. Y que –grano de trigo resucitado– se esconde en otros granos de trigo hechos pan, para ser pan de vida eterna para nosotros.

"Tomad y comed". ¡Comérmelo a El, a Dios mismo! Para asombrarnos... Y su presencia en el Sagrario con una disponibilidad total, expuesto a la soledad e incluso malos tratos, para que encontremos su compañía. ¿Querés algo más asombroso?

Cómo conseguir ese asombro y ese entusiasmo

Activando la fe, la esperanza y el amor, sin acostumbrarnos a los milagros. Vencer la rutina producida por nuestra incapacidad de ver el gran misterio detrás de los signos.

Leer, estudiar y más todavía, meditar. No se ha descubierto otro sistema para llegar a saber lo que no se sabe, entender lo que no se entiende... ¡Cuántos tesoros han escrito tantas almas enamoradas de la Eucaristía! Que los aprovechemos y alimentemos nuestro asombro y nuestro amor del suyo.

Cuánto más grande es un misterio, más tiene para mostrar, más tenemos para descubrir. Un océano divino nos espera para que nos sumerjamos en él y de él nos llenemos.

Y sobretodo, vivirlo.

¡La Misa! Tesoro infinito, que renueva la salvación del mundo. Acción divina a descubrir detrás de los signos litúrgicos. Redescubrir nosotros y hacer redescubrir a los demás sobre todo la Misa del domingo. Es prioritario.

Descubrir o redescubrir personalmente la dulzura de la presencia eucarística. Que el Sagrario sea un imán que nos atrae con una fuerza irresistible... y nos dejamos atraer.

Que no lo dejemos solo. ¡A visitarlo todos los días!

El culto eucarístico fuera de la Misa. En el colegio tendremos adoración al Santísimo Sacramento todos los primeros viernes y una procesión imponente en día de Corpus Chisti. Para llevarle todo nuestra adoración, nuestro culto: expresión de nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor.

Es el gran desafío de este año. Una ocasión de gracia y salvación que Dios nos brinda. Que la Virgen no se asombre de nuestra falta de asombro, y que nos ayude a ver, a acompañar y a amar a este Dios escondido por amor nuestro.

P. Eduardo M. Volpacchio
Capellán

Artículo publicado en el Anuario del Colegio El Buen Ayre 2004